

Hay que ayudar al Gobierno en su labor

Precisa que no se piense en otro objetivo que ganar la guerra
 Las operaciones en los frentes se desenvuelven con relativa tranquilidad

NOTA EDITORIAL

Al lado del Gobierno de la República

Concedamos todos el margen debido de confianza al Gobierno de la República, que se depare la ocasión de cumplir fielmente su programa, enunciado apenas se ha constituido legalmente.

Si previamente todos nos encontramos identificados en el más firme apoyo que merece el programa de Gobierno, enunciado por este, cuyos dos puntos fundamentales consisten en ganar rápidamente la guerra y ejecutar la labor de Gobierno—pacificación de la retaguardia—que posibilita este primer postulado, forzadamente hemos de convenir también en que las voces discordantes de la constitución de este Gobierno—pocas por fortuna—no tienen apoyo doctrinal en que fundamentar su repulsa, y a todos nos imponen la convicción de que se asientan sobre criterios personalistas, inadecuados de ser tomados en cuenta siempre, pero mucho más en las actuales circunstancias.

Ha remanido—no podía ser de otra manera—el tono y volumen de las escasas voces que recibieron con hostilidad la constitución del nuevo Gobierno. No podía ser de otra manera, primero porque como hemos demostrado, no existe motivo serio en que fundamentar esta desatención; segundo, porque, atendida la sobreabundancia de estas voces—solera cien veces templada en el amargo sarcritico del cumplimiento del deber—, una serena meditación sobre los acontecimientos pasados y la tremenda interrogante del futuro, ha dotado de prudente sordina a las voces, cuando no las ha acallado definitivamente el austero sentido del deber.

Esperamos, pues, que el Gobierno hallará su paso despejado de voces internas. Ha surgido este Gobierno para terminar una guerra: la de los frentes. Nunca para encender otra guerra en la retaguardia. Es más; aspira el Gobierno a acallar y aquietar la sorda lucha de la retaguardia, que tantas veces ha esterilizado en el transcurso de estos diez últimos meses la auténtica lucha de los frentes... Tiene autoridad suficiente para hacerlo; autoridad que le da su origen pulcramente constitucional, y autoridad respaldada por el crédito que en el país leal gozan las organizaciones políticas que respaldan a los hombres que forman parte del Gobierno.

Nadie ha rechazado en la constitución del Gobierno ni a persona ninguna, ni tampoco a ninguna organización. Desde estas mismas columnas hemos abogado públicamente, durante la tramitación de la crisis, por la constitución de un Gobierno donde tuviesen cabida la totalidad de las organizaciones antifascistas del País. Esta misma ha sido la primera declaración del Gobierno en el acto mismo de su constitución: deplorar la ausencia representativa de las dos poderosas sindicatos que con la República pugnan, desde el primer día, por la defensa del Régimen.

Ambas sindicales, en uso de un legítimo derecho, han rehusado su directa participación en las labores del Gobierno... No así en su cooperación moral y material a la obra que es común. Sería esto suficiente; pero conste que el deseo es aún mayor, que consiste en que ambas Centrales modifiquen en breve esta posición, y desde dentro del Gobierno cooperen a hacer efectivo, en corto plazo, el programa de Gobierno, enunciado por el que acaba de constituirse.

Que lo hagan rápidamente, en el modo y medida que reclaman sus específicas cualidades sindicales, renunciando, de ahora para siempre, al sueño de los Gobiernos de base sindical. Es aconsejable que, por las circunstancias de guerra que atraviesa el país, las Centrales sindicales adquieran una parte de responsabilidad en el Gobierno de la República... Nadie puede ni debe oponerse a esto... Pero entendámonos; sólo como cosa accesorias nacida e impuesta por circunstancias extraordinarias. Los sindicatos, específicamente, tienen estas dos misiones únicas y objetivas que cumplir: en régimen capitalista, ser el arma de combate contra el sistema burgués, que día a día le vaya limando prerrogativas y fuerza; en régimen social, ser los rectores y ordenadores de la economía colectiva... No perdamos nunca de vista esta verdad, que lo ha sido siempre, siempre, en los frutos de determinada sindical de hombre y fecunda raíz en el País. La gobernación del Estado, para los Partidos políticos; en régimen social, la ordenación de la economía, para las Centrales sindicales... Ahora, en guerra, todos a acabar con el fascismo indígena e invasor, posibilitando el triunfo de una sociedad mejor.

Todo esto es muy sencillo, y, además, es el ABC del Marxismo.

COMENTARIO DEL DÍA

Herodes en las trincheras facciosas

De Madrid nos llega la noticia. En una descubierta realizada en el sector de los Carabancheles, nuestras vanguardias han podido ver que el enemigo había trabajado en sus trincheras a pobres niños de doce a catorce años. Eran, por su apariencia, hijos de obreros y campesinos. Con ropas casi des trozadas, escudidos, revuelta la cabellera, en los ojos la centella del espanto, manejaban el pico y la pala vigilados por sargentos del Tercio, Guardias civiles y moros.

* * *

¡Niños de doce a catorce años! ¿Qué hicieron los rebeldes de sus padres? Seguramente, los habrán asesinado. De hijo, los sacaron de sus humildes viviendas y a culatazos para llevarlos detrás de una tapia cualquiera y matarlos a tiros de pistola y de fusil. De hijo igualmente atropellaron a sus madres, les afietaron la cabeza, les obligaron a beber rancio, las pasearon por el pueblo en infame desfile burlesco...

Pero quedaban los hijos. Los hijos llorosos. Los hijos abandonados y hambrientos. ¿Qué hacer con ellos? Y discutieron convertirlos en obreros de fortificación allí donde el trabajo es tan peligroso como el combate. De ese modo se ganarán el miserable rancho.

Con asombro e indignación vieron nuestros soldados, en los Carabancheles, que las infelices criaturas, al trabajar, temblaban y lloraban. Tenían más miedo a sus verdugos que a nuestros cañones. Y con razón...

Poró, a la vez, en otro sector de los frentes madrileños, se registraba otra sorpresa. En una salida de los rebeldes, que están casi copados en la Ciudad Universitaria, vióse que se obligaba a mandar delante a algunos muchachos de menos de quince años.

No eran requetés. No eran falangistas. Eran soldados de línea, vestidos de uniforme.

No querían salir. Temblaban como azogados. Se resistían. Procuraban volverse a los sótanos del Clínico. Y entonces dispararon contra ellos, desde dentro. Y mataron a varios. El resto, acosado, desesperado, se fué como un alud sobre nuestras líneas y allí quedaron casi todos, en trágicas posturas, protestando con sus cuerpos ensangrentados, que inmovilizara la muerte, contra el crimen atroz de que habían sido víctimas.

Aquellos muchachitos no tenían edad militar. No podían pertenecer, aún, a quinta alguna. ¿Cómo se les había movilizado? ¿Falta de hombres? ¿Ver ganza rural de su mando? ¿Represalias ordenadas para hacer pagar a determinadas familias sospechosas de republicanismos el presunto pecado de no admitir a Franco? ...

* * *

Hacé algunas semanas, los cronistas periodísticos del sitio de Oviedo, que escriben en la Prensa leal contra la tragedia de los escudos infantiles. Recordemos brevemente el atroz suceso.

CRONICA DE GUERRA

Los campesinos junto a los soldados

EL VASO DE CRISTAL

Los camiones, llenos de soldados, se detuvieron en la plaza de este pueblo de Toledo, que no conocía la guerra. Para estos campesinos, para estas mujeres, la guerra fué hasta entonces una calamidad estrepitosa que se quedó agazapada en la otra orilla del Tajo. —Compañeros— gritó uno de los jefes—venimos a defender vuestras tierras que el fascismo quiera arrebatarnos. Pero necesitamos vuestra ayuda. Aquí queremos instalar el Hospital de Sangre.

Guiados por las mujeres, fueron a la escuela, donde la maestra, canosa, explicaba geografía a los niños del pueblo.

Era un baluarte de sacos terrosos, que cerraba una calle importante. Lo defendían unas docenas de guardias civiles, con ametralladoras y morteros. Y una noche, los nuevos decidieron tomarlo.

Grupos de dinamiteros avanzaron intrépidamente. Pero cuando iban a lanzar sus explosivos, retrocedieron desconcertados, mientras que el jefe ordenaba al sostén que cesara en sus fuegos de fusilería.

Y era que habían visto, como si fueran un parapeto de carne, una horrible fila de niños de cuatro a diez años, que los guardias ponían delante de ellos, para detrás, disparar a mansalva.

Locos de terror, los angelitos extendían los brazos o se tapaban los ojos. De sus gargantas salían gritos inarticulados. Sus facciones, descompuestas por el miedo, aterraron a los defensores de la República, que retrocedieron maldiciendo.

Pero algunas horas después, silenciosos, cautamente, los nuestros avanzaron de nuevo y saltaron al otro lado de la barricada enemiga. Se peleó al arma blanca. Murieron o cayeron prisioneros todos los guardias. Y allí, en un rincón de ella, se descubrió a los niños. Dormían apelotonados, en el suelo, sobre el fango. Sus verdugos pensaban utilizarlos otra vez, al día siguiente...

La España republicana respeta a los niños. A todos los niños. Porque la infancia es sagrada. Porque la infancia es inocente y pura. Porque la infancia no tiene culpa que purgar. Porque la infancia no es responsable de lo que hacemos los hombres.

Pero ellos, los facciosos, no la imitan. Son incapaces de respeto y de piedad. Quieren que los niños expien los actos de sus padres. Y los maltratan, y los llevan a sus líneas para que disparen o para que abran atrincheras con los o para que sus débiles cuerpos sirvan de protección a los combatientes varones.

La santa puericia no conmueve las duras almas, los sordos corazones de los rebeldes. Es natural. Lo sorprendente hubiera sido lo contrario.

Habló otra vez un oficial. Enseguida los chicos cogieron los bancos y el pupitre y los sacaron a la calle. Ellos mismos limpiaron el suelo y dieron brillo a los cristales, para que los heridos pudieran ver el campo. También borraron de la pizarra los monigotes y los números.

—Aquí pueden poner los nombres de los que vengán.

Se necesitaba una sala de operaciones y había que buscarla. Soldados y campesinos se fueron hacia la casa mejor del pueblo. Era la casa de un rico que huyó el 19 de julio.

En la casa había unas cosas buenas, tiestos y flores, que dejamos aquí, para que todo fuera más alegre.

De pronto aparecieron albañiles y electricistas del pueblo, que abrieron puertas, montaron focos e instalaron tuberías. A las seis de la tarde, los sanitarios del Ejército popular curaban a los primeros heridos en lo que fué hasta entonces la casa del rico.

Después, como los médicos dijeron que necesitaban tener dispuesto un local de reserva, se fueron todos a la iglesia, cerrada. Los hombres de este pueblo, que veían llegar la guerra, retiraron imágenes, blanquearon paredes y abrieron ventanas, para que en la antigua iglesia penetrara la luz. Acto seguido, algunos afirmaron que deseaban continuar trabajando en defensa de sus tierras y se fueron al frente con el batallón de fortificación.

Las mujeres del pueblo echaron a andar detrás de las ambulancias así.

Se amontonaban condolidas a la puerta del hospital, sin atreverse a hacer nada. Por fin se fueron. Pero regresaron enseguida con cántaros de leche y cestas de huevos. Llamaban a los médicos y se ofrecían para lo que les hiciera falta. Todas querían trabajar por la guerra y para la libertad de sus campos de labor y de sudor.

El médico jefe tuvo que dar un bando al pregonero:

«Cuando en el hospital hagan falta mujeres, ya serán avisadas.»

Pero ellas iban allí, con pan, frutas y leche.

—Esto es para los heridos.

Era inútil que los médicos afirmaran que ya tenían bastante con los que les habían dado. Ellas aseguraban que no y continuaban llevando cosas. Hasta que se presentó esta mujer emocionante:

—¿Qué quiere?

—Tartamudeó tímidamente:

—Yo no tengo nada que traer, pero he encontrado este vaso. Es de cristal bueno y puede servir.